

sentadas todas juntas en un rincón de la sala, no comen con los hombres.

Se han escrito tantas obras descriptivas acerca de estos países, que es casi superfluo describir el *lazo* ó las *bolas*. El *lazo* consiste en una cuerda muy fuerte pero muy delgada, hecha de cuero sin curtir, trenzado con esmero. Uno de los extremos está fijo en la ancha cincha que sostiene el complicado aparato del *recado*. El otro extremo termina en un anillito de hierro ó de cobre, por medio del cual puede hacerse un nudo corredizo. El gaucho, en el momento de servirse del *lazo*, conserva, en la mano con que gobierna el caballo, una parte de la cuerda arrollada; y en la otra mano tiene el nudo corredizo, dejándolo muy ancho, por lo común de unos ocho pies de diámetro. Lo hace girar alrededor de la cabeza, cuidando, con un hábil movimiento de la muñeca, de mantener abierto el nudo corredizo; luego lo arroja y le hace caer en el sitio que quiere. Cuando no se emplea el *lazo*, se arrolla y se lleva atado á la parte de atrás de la silla. Hay dos especies de *bolas*: las más sencillas, que se emplean para cazar avestruces, consisten en dos piedras redondas, cubiertas de cuero y reunidas por una tenue cuerda trenzada, como de unos ocho pies de longitud; la otra especie sólo difiere de ésta en que consta de tres pelotas reunidas por una cuerda á un centro común. El gaucho tiene en la mano la más pequeña de las tres y hace girar las otras dos en derredor de la cabeza; luego de hacer puntería las arroja, y las *bolas* van á través del aire girando sobre sí mismas como balas de cañón enramadas. En cuanto las *bolas* dan contra cualquier objeto, se enroscan cruzándose en derredor de él y se anudan con fuerza. El grueso y el peso de las *bolas* varían según el fin que se pro-

pone lograr con ellas: hechas de piedra y del tamaño de una manzana, hieren con tanta fuerza, que á veces rompen las patas del caballo á las cuales se arrollan; se hacen de madera, del tamaño de un nabo, para apoderarse de los animales sin herirlos. A veces son de hierro las *bolas*, y entonces llegan á mucha mayor distancia. La dificultad principal para servirse del *lazo* ó de las *bolas* consiste en ser tan buen jinete, que, yendo á galope ó volviendo grupas de pronto, se pueda hacerlos girar con bastante igualdad en derredor de la cabeza para poder apuntar; á pie se aprendería muy pronto á manejarlos. Divertíame cierta vez en galopar y hacer girar las *bolas* en derredor de mi cabeza, cuando la bola libre chocó accidentalmente con un arbustito; cesando entonces de pronto el movimiento de revolución, cayó al suelo la bola, rebotó en seguida y fué á enroscarse á una de las patas traseras de mi caballo; escapóseme la otra bola y quedó cogida mi cabalgadura. Afortunadamente era un caballo viejo y experto, pues de otro modo se hubiera puesto á cocear hasta caer de lado. Los gauchos se desternillaron de risa gritando que hasta entonces habían visto coger á todas clases de animales, pero que nunca habían visto á un hombre cogerse él mismo.

Dos días después llegué al punto más lejano que deseaba visitar. El país conserva el mismo carácter, tanto que el hermoso césped se hace más fatigoso que el camino más polvoriento. Vi en todas partes gran número de perdices (*Nothura major*). Estas aves no van en bandadas, y no se ocultan como las perdices en Inglaterra. Un hombre á caballo no tiene más que describir en derredor de estas perdices un círculo, ó más bien una espiral, que le acerque á ellas cada vez más, para matar á palos todas cuantas quiera. El mé-

todo más común consiste en cazarlas con un nudo corredizo ó un lazo pequeño hecho con el cañón de una pluma de avestruz, atado á la punta de un palo largo. Un niño, jinete en un caballo viejo y pacífico, puede coger así 30 ó 40 en un solo día. En el extremo más septentrional de la América del Norte (1) los indios cazan el conejo americano describiendo una espiral en torno de él, mientras está fuera de su yacija; la hora del medio día, cuando el sol está alto y el cuerpo del cazador no proyecta una sombra muy larga, parece ser el mejor momento para esta especie de caza.

Regresamos á Maldonado por un camino un poco diferente. Paso un día en casa de un viejo español muy hospitalario, cerca del «Pan de Azúcar», sitio muy conocido para quien haya remontado el Plata. Una mañana temprano subimos á la «Sierra de las Animas». Gracias á la salida del sol, el paisaje es casi pintoresco. Al Poniente se extiende la vista por una inmensa llanura hasta la montaña de Montevideo, y al Oriente por la región ondulosa de Maldonado. En la cúspide de la montaña hay varios montoncitos de piedras, que evidentemente están allí desde hace mucho tiempo. Mi compañero de viaje me asegura que son obra de los indios antiguos. Esos montones se parecen, en pequeño, á los que con tanta frecuencia se encuentran en el país de Gales. El deseo de señalar un acontecimiento cualquiera con un montón de piedras en el punto más alto de las cercanías, parece ser una pasión inherente de la humanidad. Hoy no existe ni un solo indio salvaje ó civilizado en ninguna parte de la provincia, y no sé que los antiguos moradores hayan dejado tras de sí recuerdos permanentes más que esos

(1) HEARNE: *Journey*, pág. 383.

insignificantes montones de piedras de la «Sierra de las Animas».

Hay pocos árboles en la banda oriental; hasta pudiera decirse que no hay ninguno, y este es un hecho muy notable. Encuéntranse matorrales achaparrados en una parte de las colinas peñascosas; á orillas de las mayores corrientes de agua, sobre todo al Norte de las Minas, hay sauces en bastante gran número. Me han dicho que hubo un bosque de palmeras junto al «Arroyo Tapes»; por otra parte, cerca del «Pan de Azúcar», á 35° de latitud, he visto una palmera de muchísima altura. Excepto estos pocos árboles, y los plantados por los españoles, falta por completo la leña. En el número de las especies introducidas por los europeos pueden contarse el álamo blanco, el olivo, el melocotonero y algunos otros frutales; el melocotonero se ha propagado tan bien, que es la única leña para quemar que puede hallarse en la ciudad de Buenos Aires. Los países absolutamente llanos, tales como las Pampas, parecen poco favorables al crecimiento de los árboles. ¿A qué debe atribuirse este hecho? Acaso á la fuerza de los vientos, acaso también al modo del desecamiento del suelo. Pero no puede explicarse por estas causas la falta de árboles en las cercanías de Maldonado: las colinas peñascosas que entrecortan esta región presentan abrigos y hay allí diferentes clases de terrenos; por lo común corre un arroyo por el fondo de cada valle, y la naturaleza arcillosa del suelo parece hacerlo muy apto para conservar una humedad suficiente. Se ha pensado, y esta es una deducción muy probable en sí, que la cantidad anual de humedad determina la presencia de los bosques (1); pues bien, en esta provincia caen lluvias

(1) MACLAREN, artículo AMÉRICA, *Enciclopedia Britannica*.

abundantes y frecuentes en invierno, y aunque el verano es seco, no lo es en un grado excesivo (1). Inmensos árboles cubren la casi totalidad de la Australia; sin embargo, el clima de este país es mucho más árido. Esta carencia de árboles en la banda oriental debe, pues, depender de alguna otra causa desconocida.

Si sólo se atendiese á la América del Sur, nos inclinaríamos acaso á creer que los árboles no crecen sino en un clima muy húmedo; en efecto, el límite de la zona de los bosques coincide muy singularmente con el de los vientos húmedos. En la parte meridional de este continente, allí donde soplan casi constantemente de tempestad los vientos del Oeste, cargados de humedad por el Pacífico, todas las islas y todos los puntos de la costa occidental tan profundamente recortada, desde el 38° de latitud hasta la punta más extrema de la Tierra de Fuego, están cubiertos de impenetrables bosques. En la vertiente oriental de las Cordilleras y en esas mismas latitudes, pero donde el cielo azul y el clima tan hermoso prueban que el viento ha sido privado de su humedad al pasar por las montañas, las áridas llanuras de la Patagonia tienen pobrísima vegetación. En las partes más septentrionales del continente, en la región de los vientos alisios constantes al Suroeste, magníficos bosques adornan la costa occidental; al paso que puede darse el nombre de *desierto* á toda la costa occidental comprendida entre los 4° y los 32° latitud Sur. En esta costa occidental, al Norte de los 4° latitud Sur, al paso que los vientos alisios pierden su regularidad y caen periódicamente

(1) Azara dice: «Creo que la cantidad anual de las lluvias es en todas estas comarcas más cuantiosa que en España.» Tomo I, página 36.

torrentes de lluvia, las costas que rodean el Pacífico, tan desnudas en el Perú, vístense junto al cabo Blanco de una admirable vegetación, tan célebre en Guayaquil y en Panamá. Así, en la parte meridional y en la parte septentrional de este continente, los bosques y los desiertos ocupan posiciones inversas con respecto á las cordilleras, y esas posiciones parecen determinadas por la dirección de los vientos que reinan con más constancia. En medio del continente hay una gran región intermediaria que comprende Chile central y las provincias del Plata, región donde los vientos cargados de humedad no tienen que pasar por encima de altas montañas; pues bien, en esa región la tierra ya no es un desierto ni está cubierta de bosques. Pero, aun aplicando sólo á la América del Sur esta regla, según la cual los árboles no crecen sino en un clima húmedo por vientos cargados de vapores, nos encontramos con una excepción muy marcada: las islas Falkland. Estas islas, situadas en la misma latitud que la Tierra de Fuego y distantes de ella 200 ó 300 millas nada más, tienen un clima casi análogo y una formación geológica casi idéntica. Abundan en situaciones favorables; el suelo, como el de la Tierra de Fuego, es una especie de turba, y, sin embargo, apenas se encuentran allí algunas plantas que merezcan el nombre de *arbustillos*; en la Tierra de Fuego, por el contrario, impenetrables bosques cubren hasta el rincón más pequeño. No obstante, la dirección de los vientos y de las corrientes marinas es favorable para el transporte de semillas desde la Tierra de Fuego, como lo prueban las canoas y los numerosos troncos de árboles que, arrastrados desde esta última, van á estrellarse contra la isla Falkland occidental. Sin duda, á esta causa se debe la semejanza de la flora de ambos

países, excepto los árboles, pues en las islas Falkland no han podido crecer ni siquiera las que se ha tratado de transplantar.

Durante mi permanencia en Maldonado, enriquecióse mi colección con varios cuadrúpedos, ochenta especies de aves y numerosos reptiles, incluyendo nueve especies de éstos. El único mamífero indígena que aún se encuentra, muy común por otra parte, es el *Cervus campestris*. Este ciervo, reunido á menudo en pequeños rebaños, abunda en todas las regiones que rodean al Plata y en la Patagonia septentrional. Si se anda arrastrándose por el suelo para aproximarse á una manada, llevados estos animales por la curiosidad se os acercan á menudo; empleando esta estratagema, he podido matar en un mismo sitio á tres ciervos de un mismo rebaño. Aun siendo tan manso y tan curioso, este animal desconfía en extremo si ve á alguien á caballo; en efecto, nadie va nunca á pie por este país, y el ciervo sólo ve un enemigo en el hombre cuando va á caballo y armado de bolas. En Bahía Blanca, establecimiento reciente en la Patagonia septentrional, me quedé atónito al ver cuán poco se asusta el ciervo por el disparo de un arma de fuego. Un día disparé diez tiros de fusil á un ciervo á una distancia de 80 metros; pues bien, parecía sorprenderle mucho más el ruido de la bala al dar en el suelo que el de la detonación de la escopeta. Ya no me quedaba pólvora; me vi obligado, por tanto, á levantarme (lo confieso para mi ludibrio como cazador, aunque con facilidad mato un pájaro al vuelo), y tuve que gritar muy fuerte para que el ciervo se dignara alejarse.

El hecho más curioso que debo advertir, acerca de este animal, es el olor fuerte y desagradable que exhala el macho. Es imposible describir este olor: dié-

ronme náuseas y estuve á punto de desmayarme muchas veces mientras desollaba el ejemplar cuya piel está hoy en el Museo Zoológico. Envolví la piel en un pañuelo de seda para llevármela á casa. Pues bien; después de haber hecho lavar mucho el pañuelo de bolsillo lo usé continuamente; á pesar de lavarlo con frecuencia, cada vez que lo desdoblaba sentía inmediatamente ese olor, y esto duró diez y nueve meses. He aquí un pasmoso ejemplo de la persistencia de una substancia que, sin embargo, debe de ser muy volátil; en efecto, á menudo me ha ocurrido, al pasar á media milla de distancia de una manada de ciervos, sentir, traído por el viento, un aire pestífero á causa del olor del macho. Creo que este olor es más penetrante en la época en que son perfectas las astas del macho, es decir, cuando están desprovistas de la piel peluda que las cubre durante algún tiempo. Cuando el ciervo exhala este olor, claro es que no se puede comer su carne, pero los gauchos afirman que se la puede quitar todo mal gusto enterrándola en tierra húmeda y dejándola permanecer allí algún tiempo. He leído no sé dónde que los habitantes de las islas situadas al Norte de Escocia tratan de la misma manera, antes de comerla, la tan detestable carne de las aves que se alimentan de pescado.

El orden de los roedores cuenta aquí con especies numerosas; me proporcioné ocho especies de ratones (1). El roedor más grande que hay en el mundo, el *Hidrochoerus capybara* (cerdo de agua), es muy co-

(1) En junto hallé 27 especies de ratones en la América del Sur, donde aún se conocen 13 más, según las obras de Azara y de otros autores. Mr. Waterhouse ha descrito y dado nombre, en las reuniones de la Sociedad Zoológica, á las especies que traje. Aprovecho esta ocasión para manifestar mi agradecimiento á